

POR QUÉ CREYERON EN STALIN

AILEEN KELLY

Sheila Fitzpatrick,
Tear Off the Masks! Identity and Imposture in Twentieth-Century Russia
Princeton University Press

Jochen Hellbeck,
Revolution on My Mind: Writing a Diary Under Stalin
Harvard University Press

En una obra publicada después de haber sido expulsado de la Unión Soviética, el escritor disidente Alexander Zinoviev describía un nuevo tipo de ser humano: el *Homo sovieticus*, una “criatura bastante repulsiva” que era producto final de los esfuerzos del régimen soviético para transformar a la población en encarnación de los valores del comunismo¹. En años recientes, esta expresión ha adquirido un sentido más neutral, pues la información que va saliendo de los archivos de la antigua Unión Soviética —confesiones, peticiones y cartas a las autoridades, expedientes personales, diarios— ha dado a los especialistas en el tema una visión más profunda del modo en que los rusos respondieron a la exigencia de reconvertirse en comunistas modélicos.

Además de historiadores sociales como Sheila Fitzpatrick, Stephen Kotkin y Lewis Siegelbaum, que se han centrado en los modos de auto-expresión de los ciudadanos soviéticos en sus relaciones con el Estado, las nuevas fuentes han atraído a un grupo de jóvenes historiadores de la cultura pertenecien-

tes a la escuela de “subjetividad soviética”, como Jochen Hellbeck, Oleg Kharkhordin e Igal Halfin, cuyos planteamientos se fundan en obras coetáneas de ciencias sociales, teoría literaria y filosofía sobre el concepto del yo. Contrariamente a los teóricos del totalitarismo que dominaron la investigación histórica soviética en las décadas de 1960 y 1970, estos nuevos estudiosos sostienen que, lejos de reprimir el sentido individual del yo, las presiones ejercidas por la agenda revolucionaria del Estado soviético operaron en el sentido de reforzar un impulso de auto-perfeccionamiento cuyas raíces se hunden en las profundidades de la cultura rusa pre-revolucionaria. Mientras que ambas perspectivas son mutuamente iluminadoras, pueden también producir visiones divergentes sobre las actitudes de los ciudadanos soviéticos hacia la ideología oficial y los crímenes cometidos en su nombre. Una comparación de libros recientes de Fitzpatrick y Hellbeck nos muestra que, no obstante el prodigioso aumento de documentación sobre las mentalidades y los motivos de quienes implementaron o colaboraron con el Terror de Stalin, dista aún de haber consenso en torno a las lecciones que hemos de aprender de esta gran catástrofe histórica.

Una de las soviétólogas más productivas e influyentes, Sheila Fitzpatrick, empezó a publicar en los años setenta en Estados Unidos, donde fue una de las primeras en cuestionar la concepción que la escuela “totalitaria” proponía de los ciudadanos soviéticos como consumidores pasivos de una ideología impuesta a la fuerza por sus mandatarios. Sus estudios sobre la vida cotidiana soviética revelaban una interacción más compleja entre gobernantes y gobernados, logrando éstos muchas veces manipular hábilmente el sistema en beneficio de su propia supervivencia y su ascenso social. Fitzpatrick ha utilizado material archivístico recientemente disponible sobre las comunicaciones de los ciudadanos con el régimen para ampliar su análisis de las respuestas de los primeros a las demandas ideológicas del segundo. Los artículos resultantes, escritos a lo largo del pasado decenio, forman el presente libro.

Tear Off the Masks se centra principalmente en los años veinte y treinta, cuando el discurso estaba dominado por la división maniquea entre aliados y enemigos del poder soviético, definidos en términos de clase. El ascenso dependía de la posibilidad de demostrar que uno era realmente proletario; el desastre era consecuencia del “desenmascaramiento” de una identidad de clase ocultada —kulak o burguesa— deducida de las palabras o prácticas de la persona. Fitzpatrick examina los múltiples e ingeniosos modos en que los ciudadanos soviéticos alegaban una “buena” identidad de clase, o intentaban desacreditar las alegaciones de otros, mediante cartas a las autoridades, peticiones, apelaciones y denuncias, y los resúmenes autobiográficos incluidos en el expediente abierto a todos y cada uno de los ciudadanos.

Observando que todas estas formas de auto-expresión estaban animadas por un esfuerzo para “hablar en bolchevique” (una frase tomada de Kotkin) —demostrar que uno era un auténtico ciudadano soviético—, Fitzpatrick señala el nerviosismo que rodeaba la auto-presentación y actuación en la sociedad soviética con su omnipresente tensión en torno a la identidad política y de clase. Los ciudadanos que escribían a las autoridades se presentaban adoptando papeles basados en estereotipos soviéticos: obrero, activista, patriota, víctima de la pasada opresión. Fitzpatrick dedica dos ensayos al tipo soviético más refinado e inventivo: el de los farsantes que florecieron entre los años 1920 y 1930, inmortalizados en la literatura soviética en las novelas humorísticas de Ilya Ilf y Yevgeny Petrov, cuyos protagonista, Ostap Bender, habla bolchevique con tanta fluidez que puede adoptar a voluntad cualquier papel en la sociedad soviética.

Estos estudios de casos particulares en estrategias de supervivencia bajo Stalin aumentan sustancialmente nuestro conocimiento del funcionamiento de la primera sociedad soviética, pero ofrecen una visión escasa de las personalidades que había detrás de la máscara, evitando una cuestión en la que la opinión sigue dividida: si efectivamente el sistema soviético operó para eliminar el sentido individual de la persona, creando, en palabras de Alexander Zinoviev, “estereotipos conductuales sin convic-

¹ Alexander Zinoviev, *Homo Sovieticus*, traducido al inglés por Charles Janson (Atlantic Monthly Press, 1985)

ciones”. Fitzpatrick parece insinuar esto en su ensayo final cuando cita la observación de otro disidente soviético, Andrei Sinyavsky, de que la capacidad de supervivencia de Ostap Bender era la de “un ciudadano soviético que ha absorbido este sistema en cuerpo y alma”: la personificación del “hombre nuevo” soviético. Pero en la introducción Fitzpatrick insiste en que la vida interior de sus personajes no le interesa, distanciándose con ello claramente de la escuela de “subjetividad soviética”. Aunque reconoce a ésta el mérito de demostrar que los ciudadanos soviéticos podían ser agentes ideológicos por derecho propio, pone en cuestión lo que considera su aproximación abiertamente teórica a la personalidad individual: “la clase de historiador que prefiero”, nos explica, se siente incómodo con los conceptos filosóficos del yo intrínseco, expresado a través de convicciones específicas morales o éticas. “A mí me interesa...el modo en que las personas se sitúan en un contexto social o grupal más que lo que piensan sobre sí mismos en tanto que individuos”.

Fitzpatrick insinúa claramente que su investigación, no obstante las limitaciones que se ha autoimpuesto, ha dejado sin argumentos al otro tipo de historiadores, dado que hay un “notable silencio” en el periodo soviético en torno a la búsqueda espiritual de identidad en el individuo. En los diarios y memorias de la época, la auto-representación ocupó el lugar de la auto-exploración, en tanto



Nikolai Bujarin

en cuanto los ciudadanos se preocupaban pragmáticamente sobre cómo ajustarse mejor al modelo del “hombre nuevo” soviético. En periodos de agitación revolucionaria, dice Fitzpatrick, “el auto-conocimiento deviene irrelevante, e incluso peligroso.”

Sheila Fitzpatrick parece estar proyectando sobre la sociedad soviética una tensión entre, por una parte, las exigencias de la esfera pública y, por la otra, una concepción liberal del yo como búsqueda de autonomía individual. Evidentemente habría ciudadanos soviéticos que sintieron esta tensión, pero la idea soviética del yo tenía profundas raíces en una tradición cultural diferente que no reconocía la dicotomía entre lo público y lo privado. La falta de perspectiva histórica es un importante defecto del libro de esta autora. El “hombre nuevo” no era, como ella insinúa, un concepto inventado por el régimen soviético: era esencial a una tradición de introspección y auto-perfeccionamiento moral surgida en el siglo XIX como respuesta al dilema de la *intelli-*

gentsia rusa², cuyo talento se vio frustrado en un país sumido en la ignorancia y cuyo anhelo de realización personal se unió a un fuerte compromiso con la justicia social. Del racionalismo ilustrado, la filosofía romántica alemana y el socialismo utópico francés muchos rusos cultos absorbieron una visión de la historia como proceso colectivo dirigido hacia la plena auto-realización del hombre mediante la sutura de todas las divisiones dolorosas entre el individuo y el todo social. Los críticos radicales instaban a los escritores a acelerar el avance hacia esta meta creando imágenes del “hombre nuevo”, personalidades integradas cuya realización personal se había logrado mediante esfuerzos heroicos por el bien de la sociedad. Tenemos el testimonio del propio Lenin de que fue

² Sobre el carácter *sui generis* de la *intelligentsia* soviética, véase el ensayo de Isaiah Berlin, “The Birth of the Russian *Intelligentsia*”, *Russian Thinkers* (Viking, 1978), págs. 114-135, (edición española: *Pensadores rusos*, Fondo de Cultura Económica de España), y *The Russian Intelligentsia*, edición de Richard Pipes (Columbia University press, 1961).

este hombre ejemplar, encarnado en la novela enormemente influyente de Nikolai Chernyshevsky, *¿Qué hacer?*, publicada en 1863, la que le inició en la senda revolucionaria.

El sueño romántico de auto-realización mediante la fusión con una fuerza colectiva omnipotente se transformó en presunta certidumbre científica con la idea marxista de las leyes de la historia; la labor de armonizar el concepto de hombre nuevo con el prometeísmo marxista fue realizada por teóricos bolcheviques como León Trotsky (que describía a los comunistas del futuro como “una edición mejorada de la humanidad”), el escritor Máximo Gorky y el Comisario de Instrucción Pública, Anatoly Lunacharsky, que respondió a la necesidad de energizar a las masas para la construcción del socialismo con una versión colectiva del modelo heroico de autenticidad personal de Nietzsche. La doctrina del realismo socialista actuó convirtiendo la descripción de héroes comunistas en imperativo para todos los escritores soviéticos. Una forma secularizada de creencia en la llegada del milenio, la ideología estalinista aspiraba no sólo a transformar la sociedad sino la naturaleza misma del hombre. De ahí las interminables campañas de depuración personal y pública, desde la autocrítica en el trabajo y en las células comunistas hasta los procesos de la Gran Purga. Hoy sabemos que una gran cantidad de las personas que participaron en estas campañas eran auténticos creyentes en el

ideal mesiánico. Los sacrificios que exigió la transformación industrial del país no sólo se promovieron mediante la coerción y el miedo, sino también con un esfuerzo de perfeccionamiento individual acorde con las directrices del Partido, basadas en la pretensión bolchevique de ser los únicos en conocer la verdadera senda de la historia.

En los peores años del estalinismo, muchos mantuvieron su fe en la infalibilidad del Partido desarrollando una doble conciencia. Como explica Stephen Kotkin, las discrepancias entre la experiencia vivida y la ideología revolucionaria, basada finalmente en teorías, parecen haber generado una realidad dual: la vida podía ser una especie de “existencia dividida: unas veces en una verdad, y otras, en la otra.” Incluso cuando la verdad teórica era contraria al sentido común, formaba no obstante parte integral de la existencia cotidiana; si no había alguna conformidad con esa verdad resultaba imposible a los ciudadanos saber lo que estaba permitido y lo que no. Pero la aceptación de la autenticidad de la verdad revolucionaria cumplía otra función: “era también”, dice Kotkin, “una forma de trascender las mezquindades de la vida diaria, de ver el panorama en su totalidad, de relacionar hechos vulgares con un gran designio; ofrecía algo en pos de lo cual esforzarse”³. Los verdaderos creyentes podían explicar los peores excesos del estalinismo contemplando el presente desde la perspectiva del tiempo escatológico. En esta forma de religiosidad laica, la historia, como la Providencia, operaba en modos misteriosos; cuando se lograra la meta final se vería con claridad que las políticas y acciones que parecían objetables o absurdas tenían su lugar en el gran designio global.

Un ejemplo revelador es el caso de Nikolai Bujarin, uno de los fundadores teóricos del bolchevismo, condenado por traición en los procesos de 1938 y fusilado, según el cual la unión de las metas bolcheviques y los repugnantes métodos estalinistas le producía “una peculiar dualidad de espíritu”. En conversaciones con mencheviques emigrados durante sus visitas al exterior en la década de 1930, Bujarin planteaba su dilema: el Partido era lo que daba todo su sentido a su vida, y aunque Stalin era un monstruo, era también una “especie de símbolo del partido”. La fe de Bujarin en la infalibilidad colectiva del Partido le imposibilitaba la oposición al bolchevismo desde dentro. Resignado a morir finalmente a manos de Stalin, se consolaba con un argumento historicista: “Uno se salva por la fe en que el desarrollo va siempre hacia delante... como el río que fluye hacia el mar. Si uno se sale de la corriente, queda expulsado para siempre”⁴.

Stephen Kotkin observó en 1995 que, a falta de documentos de los archivos de la policía secreta, era difícil saber en qué medida reflexionaron los individuos conscientemente sobre las incongruencias que veían entre la versión que daba el Partido de los hechos y lo que realmente ocurría. La desclasificación de los archivos del Partido Comunista dista todavía de ser completa, pero las investigaciones de Jochen Hellbeck en colecciones privadas y sus indagaciones personales han producido una rica cosecha de diarios de la época de Stalin, que proporcionan una importante visión interior de los modos en que los ciudadanos so-

viéticos pugnaban por racionalizar la monstruosa irracionalidad del estalinismo mientras se esforzaban en el perfeccionamiento de su ser íntimo.

A diferencia de Fitzpatrick, Hellbeck no ha detectado ausencia de introspección en estos diarios de ciudadanos soviéticos; aunque no esté dirigida a fines individualistas. Hellbeck destaca la importancia del *ethos* tradicional de la *intelligentsia* y su ideal del hombre nuevo a la hora de moldear las actitudes de los soviéticos hacia el régimen. La ideología bolchevique no era simplemente un corpus de verdades y directrices oficiales impuesto desde arriba; era también un fermento de ideas que interactuaban en la conciencia individual con una idea no liberal del yo, según la cual la auténtica auto-realización se lograba a través de actos colectivos que cumplían las leyes de la historia: “El deseo de los diaristas de la época de Stalin de una vida comprometida y con sentido reflejaba un anhelo general de ideologizar la propia vida, de convertirla en expresión de un *Weltanschauung* firme, interiormente coherente y totalizador”.

Habiéndose convertido el comunismo soviético en el vehículo de los diaristas para el cumplimiento de sus esperanzas, estos diarios muestran un diálogo interior con el proyecto bolchevique, en su esfuerzo por dar sentido a lo incomprensible.

Hellbeck se concentra en cuatro personas que representan un espectro de respuestas a la Revolución de 1917. A Zinaida Denisevskaya, una maestra de provincias de treinta años y políticamente gradualista cuando subieron al poder los bolcheviques, le repugnó inicialmente el fanatismo del régimen, su supresión del individualismo y su hostilidad a la cultura. Hijo de un kulak, Stepan Podlubny se vio obligado a ocultar su origen de clase para ser aceptado en la sociedad soviética. Leonid Potemkin era uno de los muchos ciudadanos

soviéticos de origen humilde a quien la Revolución permitió cumplir sus sueños de acceder a estudios superiores. Como ingeniero de minas participó de manera importante en el proceso de industrialización y ascendió en la administración del Partido hasta el cargo de viceministro de geología en 1965. Alexander Afinogenov se incorporó al Partido cuando estaba aún en el colegio, y llegó a ser director de la Asociación de Escritores Proletarios, la organización literaria soviética más militante y doctrinaria. Sus obras dramáticas fueron elogiadas por los dirigentes comunistas —entre ellos Stalin, a quien consideraba su supremo mentor literario— y ascendió hasta la cúpula del *establishment* soviético como uno de los principales exponentes de la estética del realismo socialista.

Estas cuatro personas representan lo que los historiadores occidentales han considerado generalmente como dos categorías opuestas: los que disfrutaron del status y las recompensas materiales que les procuraba el sistema soviético, y los que sólo pudieron sobrevivir ocultando sus orígenes de clase. Pero Hellbeck muestra que estos diarios deben inducirnos a ser prudentes a la hora de calificar a los primeros como arribistas y a los segundos como impostores: los cuatro diaristas muestran un similar compromiso con la agenda revolucionaria de auto-cultivarse y auto-perfeccionarse.

Dos factores fueron decisivos en la conversión de Denisevskaya al bolchevismo: la ética social de la *intelligentsia* y su propio sentido de aislamiento de los demás, acrecentado en su caso por sus poco afortunadas relaciones personales. Esta mujer expresa envidia de la camaradería de los activistas comunistas y fascinación ante las expresiones rituales de colectivismo, como los desfiles militares, las marchas proletarias y los festejos revolucionarios. En

⁴ Véase Stephen F. Cohen, *Bukharin and the Bolshevik Revolution: A Political Biography, 1888-1938* (Knopf, 1973), pág. 351, y Andrzej Walicki, *Marxism and the Leap to the Kingdom of Freedom: The Rise and Fall of the Communist Utopia* (Stanford University Press, 1995), pág. 463.

³ Stephen Kotkin, *Magnetic Mountain: Stalinism as a Civilization* (University of California Press, 1995), págs. 228-229.

1931 da el paso simbólico de unirse a una manifestación para celebrar el Día del Trabajo y se exalta con su sentimiento de fusión con lo colectivo: no siendo ya simple espectadora, “yo era una gota en el mar”. Hellbeck comenta su falta de cualquier indicio de pesar por esta renuncia a su individualidad; Denisevskaya dice de sí misma que ha renacido. Su identificación con el proyecto soviético le ha descubierto su “verdadero” yo:

“Durante toda su vida Denisevskaya cultivó su ‘personalidad’, que ella definía en función de una ‘visión del mundo’ integrada y universalista, y de la dedicación al trabajo en beneficio del progreso histórico. Al final llegó a considerar el régimen soviético como único portador legítimo de estos valores esenciales de la *intelligentsia*. En su diario, el proyecto bolchevique de crear un hombre nuevo aparece como simple variante de la preocupación por el perfeccionamiento de la ‘personalidad’ que definía a la *intelligentsia* rusa en general”.

El diario de Podlubny registra las hábiles técnicas adaptativas que le permiten evitar la marginación por motivo de su diferencia de clase y llegar a ser jefe de brigada en la escuela de la planta industrial donde se imprimía *Pravda*. Pero el fin primordial de estos esfuerzos es su transformación interior en el nuevo hombre soviético: su diario permite trazar la progresión en el proceso de arrancarse los hábitos de una “persona inútil”.

Nacido en 1914, Potemkin fue modelado por el Estado soviético para formar parte de su nueva elite. La fluidez de su trayectoria hasta la cima sugiere una personalidad ambiciosa centrada en pulir sus habilidades adaptativas; pero su diario está dedicado a registrar los éxitos y reveses de un complejo programa de auto-perfeccionamiento físico y psicológico inspirado en la versión socialista que ofrecieron Gorky y Lunacharsky del superhombre nietzscheano, que glorificaba la fuerza, la belleza, el arrojo y la

voluntad heroica como componentes de la subjetividad colectivista: un ideal que Leonid Potemkin, como agitador político, fijó por escrito en un manual para la juventud soviética. Hellbeck observa que su diario le muestra como una de las personas que encontró auténtica realización como ciudadano soviético.

Tampoco Afinogenov era un arribista, no obstante los sustanciales privilegios materiales que disfrutaba como exponente destacado del realismo socialista. Se tomaba muy en serio su papel, comparando el teatro soviético con una iglesia en que se muestra a la gente cómo vivir y comportarse mediante la censura de los vestigios del pasado y la ilustración de las semillas del futuro en la ética cotidiana. El ataque de Stalin contra una de sus obras dramáticas por sus retratos negativos de comunistas le hundió en una angustiada introspección, en un esfuerzo por realinearse con la versión aceptada de la historia. Convencido, como Chernyshevsky, de que el escritor tenía que encarnar los valores que predica, veía su diario como una “gimnasia del alma”, un proceso de auto-depuración mediante la auto-crítica.

El análisis de Hellbeck de estos cuatro diarios está entrecruzado de referencias a otros artistas del periodo para dar fuerza a su tesis de que la identificación con la Revolución podía surgir de una necesidad de auto-expresión y no, como se afirma a menudo, del deseo de auto-obliteración. Así, llama la atención hacia la preponderancia general en los años estalinistas de la idea

“de que la historia proporcionaba la valoración última de la vida de la persona y que cuanto más se ponía ésta al servicio de las necesidades de la sociedad... tanto más valiosa era históricamente... Debido a su fuerza comunal y su significación histórica, esa vida prometía autenticidad y profundo sentido, y era intensamente deseada, contrastándola con la vida vivida fuera de lo colectivo o del fluir de la histo-

ria. [Los diaristas]... temían el vacío de sentido que implicaba la expulsión de [lo colectivo]... Se esforzaban para no ser superfluos en una época en que tanto su valía pública como su autoestima estaban determinados, ante todo, por la medida de su ‘utilidad para la sociedad’”.

Los diarios elegidos por Hellbeck son especialmente significativos por la luz que arrojan sobre un aspecto de la mentalidad soviética bajo Stalin que, como él observa, resulta particularmente difícil para los lectores occidentales: la aceptación de la violencia al servicio de la auto-realización. Vemos de primera mano el funcionamiento, aterrador y a veces punzante, de la doble conciencia que permitió a muchos aceptar los masivos asesinatos producto de la colectivización y el Terror, y justificar la violencia de que eran objeto ellos y sus seres queridos por crímenes que no habían cometido.

Puesto que Denisevskaya pertenecía a la vieja *intelligentsia* que condenó primero y abrazó después el régimen soviético, su caso es especialmente interesante. Como investigadora de una estación experimental en el campo, presencié los horrores de la colectivización forzosa, pero apoyó acriticamente la campaña. Consciente de que se estaban cometiendo “cosas malas” en nombre de este objetivo, insiste en que son casos marginales y no deben distraer la atención del “principal telón de fondo de la existencia: la creación seria y activa de nuevas formas de vida.” Denisevskaya anota su repugnancia ante los presuntos crímenes de cuarenta y ocho altos funcionarios y agrónomos, ejecutados por colaborar con potencias extranjeras para crear hambre y debilitar al régimen soviético. Cuando entre nuevas detenciones de ingenieros agrónomos figuran algunos de sus colegas más próximos, se debate dolorosamente para superar su escepticismo respecto a las acusaciones contra ellos. Insistiendo en que el Partido no se equivo-

CLAVES
DE RAZÓN PRÁCTICA

www.claves.progresa.es
claves@progresa.es

dirección internet
correo electrónico

ca en sus ideas fundamentales, reconoce: “me estoy forzando a pasar por alto detalles insignificantes. No hay que confundir lo particular con lo general. Es muy difícil mantener una visión amplia del mundo continuamente, sobre todo para alguien que no es miembro del partido”.

Hellbeck comenta sobre este ejemplo clásico de doble conciencia:

“Sólo un...espíritu que situaba todo hecho en el panorama general de la lucha de clases y la inevitabilidad histórica podía reinsertar increíbles delitos en una estructura sin grietas de convicción comunista. El caso de Denisevskaya parece indicar que esta ‘convicción’ no era simplemente una vía de escape ingenua o desesperada para quienes se negaban a aceptar la decepcionante verdad sobre el estalinismo. Era realmente un proceso complejo y laborioso, un esfuerzo constante para sostener una visión del mundo coherente no obstante los hechos dispares que muchas veces contradecían el mandato ideológico”.

Fue tal el éxito de Podlubny en la empresa de reconvertirse en activista soviético que fue reclutado por la policía secreta y se le encomendó la tarea de desenmascarar a los enemigos de clase con orígenes exactamente como los suyos. Su programa de auto-desarrollo se centraba obsesivamente en el desarrollo de la voluntad como signo distintivo del hombre nuevo que deseaba ser. Este culto a la voluntad determinó su actitud hacia las víctimas del estalinismo: cuando su madre recibió una llamada de socorro de los hijos hambrientos de una tía que estaba en la cárcel por robar grano del Estado para alimentarlos, Podlubny comenta en su diario que “por alguna razón” la carta le hizo sonreír. Los relatos de su madre de hambre y canibalismo en su aldea le dejan indiferente:

“Tiene que ser así porque entonces será más fácil transformar la psicología del pequeño propietario campesino en la psicología proletaria que necesitamos. Y los que mueren de hambre, que mueran. Si no saben defenderse contra la muerte por hambre ello significa que tienen una voluntad débil y ¿qué pueden dar a la sociedad?”

La frialdad de Podlubny le abandona, no obstante, cuando Stalin dirige su brutalidad contra el Partido en 1934. Entonces confiesa en su diario su desconfianza de las razones oficiales para explicar las miles de detenciones y ejecuciones de comunistas; después se arriepiente de sus críticas, achacándolas a su alienado origen de clase. En lo más crudo del Terror sus orígenes fueron públicamente expuestos: fue expulsado de la organización de juventudes comunistas y su madre fue condenada a ocho años de cárcel por “ocultación de origen social”. Podlubny reacciona a la detención de su madre con indignada rebeldía, denunciando la política y el culto a la personalidad de “nuestro Nerón ruso”. Pero su rebelión socava su auto-imagen. Obligado a renunciar a sus estudios universitarios, pondera su “inútil” existencia. Su diario se interrumpe con su propia detención por estar implicado en un asunto menor de especulación, y es reanudado un año después con su puesta en libertad y el inicio de su servicio militar durante la guerra. Pero ahora Podlubny escribe sin su anterior introspección, habiendo quedado, al parecer, resueltas sus inquietudes sobre su lugar en la sociedad soviética con su posición como oficial, y posteriormente burócrata, del ejército. Hellbeck observa que la lectura del segundo diario “no hace sino resaltar la urgencia de su necesidad diarista en los años treinta: la apremiante preocupación por el estado de su alma, la búsqueda introspectiva, y la formación de su yo”.

La respuesta de Afinogenov al Terror vino dictada por su necesidad de mantenerse al ritmo de la historia. Así, lo recibe con gran entusiasmo como etapa decisiva en la marcha hacia el comunismo: “Habita entre nosotros la Historia Auténtica, y nos ha tocado el gozo de ser testigos de estos cambios, cuando Stalin corta sin piedad...la

vida de los incapaces y los débiles, los decadentes y los vacíos”.

Afinogenov ve las purgas en las filas del Partido como la culminación de la agenda revolucionaria de purificación de las esferas individual y social de la vida. Su diario tiende a una intensa introspección a medida que se esfuerza para depurar y perfeccionar su ser bolchevique mediante la comunión con los fines de la historia, una tarea complicada cuando es expulsado del Partido por sospechas de implicación en una conspiración trotskista para debilitar al sistema soviético. Atrapado en el mundo absurdo de la paranoia estalinista, aislado de la sociedad que daba sentido a su existencia individual, y amenazado con un arresto inminente, se aferró a su fe en el Partido omnisciente, intentando localizar la responsabilidad de su destino en su propia personalidad. Busca modelos de caída y redención en la gran literatura, desde Cervantes a Dostoievsky, pero sólo alcanza una fórmula para la paz interior renunciando a su “egoísta” interés en su propio destino y aceptando su papel como herramienta en manos del progreso histórico, encarnado en la voluntad de Stalin: “lo entenderás todo”, se dice, “sólo cuando percibas con claridad el propósito de todo lo que está ocurriendo.”

Hellbeck comenta que este tipo de pasajes nos permite vislumbrar la “dinámica auto-destructiva del proyecto comunista”, particularmente manifiesta durante el Gran Terror. Afinogenov se sometió a las leyes de la historia decretadas por los líderes comunistas no bajo coacción sino como forma suprema de auto-realización.

“Esto explica por qué Afinogenov (así como otros comunistas) aceptó la perspectiva de ser aplastado por el partido y arrojado al basurero de la historia: este aparente acto de auto-destrucción contribuía a la posterior consumación de la historia y, por ello, satisfacía el objetivo central al que él...había dedicado su vida”.

Su diario puede considerarse

como una forma de escritura espiritual, configurada para representar la experiencia de conversión y renacimiento a través de una comprensión profunda de las leyes de la historia.

En 1938 el Comité Central emitió una resolución en que declaraba que muchos comunistas habían sido injustamente expulsados del Partido, víctimas de “enemigos” del interior de la administración. Afinogenov figuraba entre los rehabilitados. Él continuó apoyando la campaña de purgas. Su diario recoge que veía su desgracia personal con gratitud: el autoexamen al que se había visto obligado le había permitido volver a nacer. Pero su temor a perder el tren de la historia siguió obsesionándole hasta que una bomba alemana le mató en 1941.

En 1936, Potemkin, el joven activista del Partido, sustituyó su diario por otra clase de auto-análisis: una correspondencia platónica con una amiga, una estudiante de literatura que compartía su visión espiritual y su programa de auto-transformación. De manera consciente, Potemkin se modeló a imagen del crítico Vissarion Belinsky, un líder de los románticos rusos de la década de 1830, cuya ansia de perfección estaba inseparablemente ligada a su anhelo de construir una sociedad nueva. Ambos corresponsales “ensalzaban sus mutuos ideales de belleza y pureza espiritual, y su visión de un futuro luminoso, sobre un telón de fondo implícito de presente impureza, lucha y muerte.”

Esta altisonante correspondencia, al estilo romántico, parece aún más extravagante cuando recordamos que las mentalidades de los dos jóvenes se habían formado enteramente en el sistema soviético. Pero Belinsky era tratado como una autoridad por quienes decidían la política literaria soviética por su insistencia en que el escritor encarnase su compromiso con el progreso en su obra y

en su vida. Potemkin devoraba sus libros, tomando copiosas notas y haciendo constantes referencias en sus cartas a las ideas de Belinsky sobre la personalidad y su realización. Belinsky tenía la esperanza de que el siguiente siglo viera el advenimiento del nuevo hombre ruso que hallaría realización en la sociedad y sus metas.

Potemkin se consideraba la personificación de este ideal, y hacía copias de sus cartas para que otros pudieran beneficiarse de ellas. “Existía, por tanto”, dice Hellbeck, “un diálogo sobre el hombre nuevo que conectaba a Potemkin y Belinsky por encima de un siglo de pensamiento y práctica revolucionarios”, basado en una común conciencia histórica. La visión social de Potemkin es una ilustración especialmente viva de un tema central en el libro de Hellbeck, resumido en su capítulo final:

“Los activistas bolcheviques lograron propagar la urgente necesidad de crecimiento individual a través de la adhesión a la revolución porque esta clase de pensamiento estaba arraigado en el pasado histórico de Rusia. Las obligaciones morales del progreso personal, el activismo social y la auto-expresión en concordancia con la historia fueron una constante en la vida intelectual y política rusa durante casi un siglo antes de la revolución de 1917. Cuando los diaristas de la era de Stalin se esforzaban para seguir el paso de la historia y adquirir un concepto históricamente fundamentado de su propio yo, actuaban en increíble congruencia con varias generaciones de rusos cultos desde comienzos del siglo XIX. Esta índole de comportamiento era lo que distinguía a los miembros de la *intelligentsia* rusa”.

El intento de Hellbeck de situar el proyecto bolchevique de auto-transformación dentro de una amplia perspectiva cultural e histórica (una dimensión a menudo ausente en los estudios occidentales sobre la era soviética) es una de las notables virtudes de este magnífico libro. Sin sobrecargar nunca la narración con teorizaciones, su aproximación sensible y compasiva permite que los personajes hablen por sí mismos, expresando a veces

una repulsiva indiferencia hacia la suerte de las víctimas de Stalin, otras, una trágica lucha para racionalizar la destrucción de amigos o familiares acusados de crímenes absurdos. Hellbeck señala que sus manifestaciones de duda personal y discrepancia ideológica en momentos de presión intensa invalidan la sospecha de que escribían sus diarios principalmente para la mirada del aparato de seguridad. El hombre nuevo no salió ya formado de las cabezas de los teóricos comunistas. Como observa el autor del libro, las gigantescas hazañas de modernización logradas por la Unión Soviética en los años treinta, en contraste con las crisis económicas que hacían tambalearse a los sistemas capitalistas de Occidente, constituyeron para muchas personas evidencia convincente de la inminente realización del ideal comunista.

Este estudio añade una importante dimensión al trabajo hecho por otros estudiosos para desentrañar las razones psicológicas tras la connivencia de muchos idealistas morales con la extrema violencia de los años de Stalin. Hellbeck concluye recordándonos que los modos de pensamiento que alentaron a los ciudadanos soviéticos a aceptar la violencia al servicio de la auto-realización no fueron exclusivos de la Unión Soviética o de la izquierda política. En la primera mitad del siglo pasado la atracción de movimientos que prometían salvación mediante una visión del mundo omnicompreensiva indujo a intelectuales de toda Europa, como Ernst Jünger y Georges Sorel, a ensalzar los efectos, moral y estéticamente purificadores, de la violencia política. Podría haber citado también un curioso episodio de una época anterior que es particularmente pertinente para su estudio: el breve periodo en que el crítico Belinsky apoyó al zar Nicolás I.

Atormentado por su impotencia como persona superflua

aislada de su propia sociedad por sus ideas disidentes, Belinsky encontró una válvula de escape en la fórmula de Hegel “todo lo real es racional y todo lo racional es real” diciéndose que el régimen zarista, como “realidad” histórica coetánea, tenía una función necesaria en el gran plan del progreso. Sometiéndose a él dejaría de ser un ser humano “espectral” para transformarse en un hombre “real” mediante una fusión orgánica con la sociedad y el fluir de la historia. El instinto moral de Belinsky finalmente se rebeló contra esta forma de pensamiento; así, maldice sus “odiosos esfuerzos para reconciliarse con una realidad odiosa”, expresando su nueva perspectiva en una diatriba irónica dirigida a Hegel: un gran arrebató humanístico contra todas las filosofías de la historia que ven a los seres humanos del presente como simple medio para lograr fines futuros:

“Reconozco su pericia filosófica, pero... tengo el honor de comunicarle que, aun si consiguiera ascender hasta el último peldaño de la escala del progreso, aun entonces le pediría que me diera cuenta de todas las víctimas de la vida y de la historia, de todas las víctimas del azar, la superstición, la Inquisición, Felipe II, y demás. De otro modo, me arrojaré de cabeza desde esa misma cima. Yo no quiero la felicidad, ni siquiera regalada, si no puedo tener la conciencia tranquila sobre el destino de todos mis hermanos, mi propia sangre... De qué me sirve a mí saber que la razón triunfará en última instancia y que el futuro será hermoso, si el destino me obliga a contemplar el triunfo del azar, la irracionalidad y la fuerza bruta”.

La breve exaltación de la tiranía que hizo Belinsky es un ejemplo notorio del abismo moral al que podía conducir el anhelo totalizador de la *intelligentsia* rusa; pero el humanismo que inspira su apasionada defensa de las víctimas de la historia era también una vena importante en la cultura rusa

⁵ *Intimacy and Terror: Soviet Diaries of the 1930's*, edición de Véronique Garros, Natalia Korenevskaya y Thomas Lahusen, traducción de Carol A. Flath (New Press, 1995).

pre-revolucionaria. Su representante más sobresaliente es Alexander Herzen, que superó su anterior entusiasmo por la visión hegeliana de progreso y escribió *Desde la otra orilla*, uno de los ataques más prescientes al determinismo histórico de todo el pensamiento del siglo XIX. Muchos liberales rusos, así como escritores del estilo de Chejov y Turguenev, advirtieron contra los peligros de la búsqueda de certidumbres últimas. También muchos radicales se sintieron desgarrados entre el ansia de utopía y lo que les pedía su conciencia. No todos resolvieron su lucha de la misma manera que los diaristas de Hellbeck. El legado de la tradición humanista, reducida pero importante, representado por Herzen y algunos de los más grandes escritores de Rusia, puede advertirse en disidentes heroicos como Ana Ajmatova, que durante el Terror se negaron a rendir su autonomía moral a las exigencias de la ideología y la fuerza bruta. Algunos escribieron diarios, como el campesino Andrei Arzhilovsky, que fue por dos veces encarcelado y después fusilado por su independencia de espíritu⁵. ¿Cuántos más compartían su modo de pensar? Cabe esperar que Hellbeck continúe este excelente estudio con un segundo estudio sobre estos otros diaristas. ■

Traducción de Eva Rodríguez Halffter.
© *The New York Review of Books*.

Aileen Kelly es miembro del King's College, Cambridge.